

## ¿De qué sufrimos los psicoanalistas?<sup>1</sup>

Horacio C. Foladori

Elige un trabajo que te guste y no  
tendrás que trabajar ni un día de tu vida.

Confusio

### Deslinda

He de comenzar por realizar cierto recorte del campo que pretendo abordar ya que su amplitud por un lado, y su especificidad por otro, hace que no todo tema del sufrimiento resulte de interés para lo que se intenta plantear.

Tal es así que no se abordará en este trabajo aquello que podemos denominar como sufrimiento individual producto de una serie de vicisitudes que tienen su origen en la historia personal de cada analista; es decir, la neurosis del analista. El analista es objeto de proyecciones diversas, de depositaciones, de identificaciones, de tratos (maltratos), etc., que son productores de sufrimiento. No pocas veces su historia personal se ve contaminada por aspectos de lo expuesto por el paciente y forma parte de las escenas que el paciente construye. ¿A quien le habla? Por no mencionar los efectos en el analista de procesos catárticos donde tanto la rabia, la envidia, los celos, como asimismo la tristeza profunda, la soledad, el desapego, la confusión, etc., conforman momentos que al menos son productores de malestares diversos.

Si es cierto el dicho de que cada analista se psicoanaliza nuevamente ante cada paciente y que hizo nada menos que a Rodrigué (1977) publicar un libro sobre su propia experiencia en este sentido, esto supone una demanda tácita producto de su propio sufrimiento.

Marie Langer (1963) ha dado cuenta en un famoso texto que el estado anímico del analista no está libre de sufrimiento sino que como todo ser humano su encuentro con el paciente está atravesado

---

<sup>1</sup> Publicado en Revista Intercambio Psicoanalítico (Federación Latinoamericana de Asociaciones de Psicoterapia Psicoanalítica y Psicoanálisis) Vol VI (1). (pags. 21-37) On line.

por un sinnúmero de variables que lejos están de mostrar los rasgos de salud mental que se aconsejan deseables a todo aquel que se dedica a la cura. Hay que decir que dicho texto fue censurado durante 15 años por las autoridades de la Asociación Psicoanalítica Argentina (APA), a pesar de haber sido escrito por una didacta, fundadora de la institución. Se consideró que se brindaba al público una imagen un tanto deteriorada de los psicoanalistas, la que seguramente – esto no lo dijo la APA – atentaba contra la idealización que la institución analítica deseaba instalar en la sociedad.

Que el recurso de la contratransferencia pueda esclarecer el acontecer en el aquí y el ahora y que su instrumentación contribuya a disminuir el sufrimiento del psicoanalista por cuanto provee de una instancia simbolizadora ya que posibilita a su vez una restitución de ciertos contenidos a sus lugares de origen, no significa que el sufrimiento que esta herramienta implementa resulte anulado.

Y qué decir del sufrimiento que se produce por el encuentro con cierta realidad del paciente. Freud reconocía que cuando el paciente estaba muy preocupado por su realidad no fantaseaba, por tanto no hay allí nada analítico que hacer más que escuchar. Sin embargo las penurias por ser despedido del empleo, por sufrir efectos de un terremoto, de un asalto, o de transitar por procesos de judicialización, (por no mencionar persecución política) por ejemplo, no pueden dejar al analista indiferente y ausente de problemáticas – muchas de ellas cotidianas- que en cualquier momento pueden ser aplicables a la propia persona del analista. No han sido pocos los analistas que en diversas circunstancias se las han jugado por sostener el espacio de análisis a pesar de las condiciones socio-políticas adversas y las directivas de la propia institución de pertenencia. Marie Langer (1981) relata su propia experiencia ante el avance del nazismo en Austria y las contradicciones en que la sociedad analítica cayó para preservarse. Bauleo y Pavlovsky (1976) cuentan las dificultades para realizar análisis en la semi-clandestinidad, en situación de sufrimiento extremo cuando está en juego la propia vida del analista, bajo gobiernos militares dictatoriales.

Todos estos tipos de sufrimiento responden a vertientes individuales, personales, y si bien en algunos casos trascienden la neurosis no revisten un carácter universal para todo analista.

Menos aún se considerará en este escrito el sufrimiento producto de las relaciones entre analistas en el marco del propio espacio de análisis, de la relación con didactas y con supervisores, de la pertenencia a grupos considerados como esotéricos (Abadie 1959), de la participación en equipos de trabajo o de las fantasías que provienen de sentirse incluido o excluido producto de identificaciones proyectivas o introyectivas como las señaladas por Grinberg (1959), Garma (1959), Liberman (1959) y otros.<sup>2</sup>

Por último, se omitirán también los llamados estudios de clima organizacional y emocional en las sociedades analíticas (Thompson 1959) que trabajan con el enfoque de la sociedad como un grupo familiar cerrado, el asunto de la endogamia y las relaciones entre grupos y grupúsculos, por considerar que dichos enfoques constituyen ampliaciones y extrapolaciones en última instancia de la problemática edípica que sostiene el funcionar institucional.

Por tanto, lo que será el objeto de ésta investigación tiene que ver con aquello que puede definirse como el sufrimiento producto del hacer psicoanálisis, de producirse como psicoanalista en el orden del psicoanálisis. Es el sufrimiento por realizar un trabajo que está inscrito en la división técnica y social del trabajo (Lourau 1971) y que pertenece a un quehacer profesional en tanto trabajo especializado, que supone un cierto lugar en la división del trabajo como trabajo intelectual.

### **El sufrimiento institucional y de la institución psicoanalítica**

Entonces se trata de interrogar y precisar el malestar (Freud 1930) particular de un tipo de trabajador que en el sistema se identifica con un hacer instituido, vale decir, con ser psicoanalista al amparo de una institución analítica.<sup>3</sup> Es decir, nos interesa abordar el sufrimiento que

---

<sup>2</sup> En 1959 la Asociación Psicoanalítica Argentina se vio en la necesidad de realizar un Simposio para discutir en torno a las Relaciones entre Analistas, en vista de que luego de 15 años de haber sido fundada las tensiones internas dificultaban el trabajo.

Lamentablemente, el material publicado solo da cuenta de lecturas e interpretaciones psicoanalíticas sobre la misma organización, como si esa fuese la única lectura posible.

<sup>3</sup> Es cierto que no todo psicoanalista está institucionalizado, en el sentido de pertenecer a una institución analítica. Sin embargo como prestador de servicios profesionales paga impuestos, se aviene a un cierto patrón de comportamiento, a un ideal de ser analista, a una cierta teoría y a un estilo de trabajo que lo identifica. En suma, podemos decir que todo psicoanalista está institucionalizado por diferentes

se produce en los psicoanalistas por pertenecer a la institución analítica, el sufrimiento como cuerpo institucional. Como muy bien lo aclara Kaës(1989) no es que la institución sufra; el sufrimiento institucional tiene que ver con aquel tipo particular de sufrimiento que se produce en y a partir del espacio institucional, tiene que ver con y por pertenecer a una institución, en este caso psicoanalítica, por abrazar una teoría que norma su hacer. Ampliaremos este aspecto.

El tema del sufrimiento que produce la sociedad analítica no es nuevo. Balint (1948, pag. 164) trató el tema en una conferencia en la British Society acerca del sistema de formación de analistas: “El objetivo de mi artículo es el de investigar en las posibles causas de esta inhibición (en el pensar) que previene una adecuada discusión científica sobre el tema de la formación y mostrar que estas causas influyen en nuestro sistema de formación actual de una manera insana”. Más adelante, profundizando aclara: “Esta clase de inhibición del pensamiento es el primer síntoma sospechoso de la formación. El segundo síntoma que quiero discutir es la tendencia de nuestro sistema de formación a ser dogmático en una tendencia que se observa alrededor del mundo”. La insanía a la que se refiere Balint toca directamente el proceso de formación, pero indirectamente es una pregunta y cuestionamiento por la sociedad analítica que construye dicho proceso y que ampara una forma de funcionar productora de malestar.

Balint no es el único que observa este síntoma de inhibición del pensamiento (síntoma grave si se piensa que Freud insistía en la semejanza entre el arte y la práctica analítica) y falta de creatividad en la producción de analistas. Hay una amplia gama de autores que llegan a similares conclusiones. Ver por ejemplo, también a Nacht, S., Lebovici, S., y Diatkine, R. (1961) y sobre todo a Bernfeld, S.(1962, pag. 468): “En psicoanálisis, como en todas partes, la institucionalización no estimula el pensamiento”.

Todos ellos se quejan de adoctrinamiento: Balint sostiene que “Hay amplia oportunidad durante el análisis didáctico para cambiar un candidato independiente o indiferente en un ferviente prosélito”(pag. 170).

---

pertenencias institucionales. Los no pertenecientes a las instituciones psicoanalíticas en todo caso cuentan con una determinación institucional menos .

Tal vez valga la pena detenernos un instante para calibrar la gravedad de la afirmación de Balint: Para él, los analista didácticos hacemos proselitismo durante los análisis. ¿No refleja esto una clara pérdida del lugar de analista? La pregunta es por la implicación del analista didáctico y como ésta determina su práctica.

Por su parte Bernfeld (1962, pag. 480) da cuenta de una cierta patología que la institución analítica produce en sus candidatos: “El análisis personal de todos modos tiende a infantilizar temporalmente al analizando y hasta un cierto grado. Cuando nosotros lo incorporamos a un sistema escolar en el cual el alumno es tratado como un objeto de reglas abstractas, esta infantilización se intensifica”. Por tanto como resultado de este proceso regresivo se produce una distorsión en lo que es la visión del estudiante del psicoanálisis, que le dificulta verlo como una “herramienta para fortalecer la independencia intelectual, emocional y social”.

Entiendo que estas observaciones han de ser consideradas e investigadas, sin embargo en este artículo pretendo mantener una amplitud que permita detectar focos específicos de malestar y sufrimiento comunes a todos los analistas más que centrar la discusión en el proceso de formación, importantísimo pero efecto a su vez de lo mas general.

Veamos, por tanto, algunos tipos de sufrimiento detectados.

## **1. El sufrimiento ético.**

En la investigación en psicodinámica del trabajo que Dejours realiza de diversos trabajos, comienza a hacerse visible una cierta contradicción: aquella que opone lo que debe ser realizado según cierto compromiso con el trabajo - y con el destinatario de este en el caso de servicios -, con algunas órdenes emanadas de la autoridad que pretenden contravenir algunas prácticas y compromisos. Donde es más drástica esta oposición es en los trabajos vinculados con ventas en los que al primar el interés comercial de la empresa se perjudica conscientemente al público derechohabiente o interesado en obtener un cierto servicio.

Aparece entonces un asunto que dice de la relación entre trabajo y el sistema de valores que lo sustenta. Dice Dejours (2016):

“Hace poco los asalariados no habrían aceptado obedecer a estas órdenes terminantes que son contrarias a sus valores de los servicios públicos y de la lealtad con respecto a los usuarios. Pero hoy, el asalariado vacila. Porque todos los demás, tanto dirigentes como los colegas, los ejecutivos y los subordinados, todo el mundo consiente en poner su celo al servicio de acciones que la conciencia moral reprueba.

Se abre aquí un capítulo nuevo en clínica del trabajo, del sufrimiento ético, es decir del sufrimiento en contacto con la experiencia de la traición de sí mismo. Lo que es grave, aquí, desde el punto de vista psicopatológico, es que un cerrojo suplementario de la sublimación es violado: "Nuestra escala social de valores".

Así, entonces hay un sufrimiento que es producto de la “traición a sí mismo” - traición a cierta escala de valores - que entra en contradicción con los mecanismos de sublimación poniéndola en duda y recortando un elemento que es poderoso para producir salud. Por el contrario, esta violación de la propia ética aparece como un cuestionamiento a sí mismo que tiene efectos inmediatos sobre la producción de identidad deteriorándola. De tal modo, el modelo económico dominante tanto como la estructura institucional jerarquizada privilegian el sometimiento de las personas a su cargo en detrimento de la ética del trabajador, que en muchos casos es la única dignidad que le queda en la que sostenerse. Si bien “cumplir órdenes” puede ser un mecanismo válido en el ejército, es dudoso que lo sea en contextos en los cuales los profesionales han de poner en juego su saber y creatividad para poder solucionar los problemas del otro como demandante. La institución entonces fuerza por medio del ejercicio de su poder una práctica que es atentatoria contra el narcisismo de sus miembros. Por este medio la institución se desliza desde el ejercicio reconocido de su autoridad a la imposición de medidas que solo son posibles bajo el recurso del autoritarismo. (Foladori 2012)

Corresponde entonces mostrar de qué manera los principios descubiertos por Dejours pueden ser aplicados al trabajo que realiza un psicoanalista.

Tómese, por ejemplo, el asunto de la regla de abstinencia. Freud (1918, pag. 158) dice: “...la cura analítica debe ejecutarse en un estado de privación – de abstinencia”. Mas adelante aclara: “Si la

descomposición y desvalorización de los síntomas lo han mitigado, tenemos que erigirlo en alguna otra parte bajo la forma de una privación sensible; de lo contrario corremos el riesgo de no conseguir nunca otra cosa que unas mejorías modestas y no duraderas”. Entonces Freud discute como el paciente busca reemplazar sus síntomas por nuevas satisfacciones sustitutivas, concluyendo terminantemente: “En todas estas situaciones, la actividad del médico debe exteriorizarse en una enérgica intervención contra las satisfacciones sustitutivas. (...) El enfermo busca la satisfacción sustitutiva sobre todo en la cura misma, dentro de la relación de transferencia con el médico, y hasta puede querer resarcirse por este camino de todas las renunciaciones que se le imponen en los demás campos. (...) ... en la cura es preciso mantener el estado de privación.”(pag. 159)

Establecida esta regla y de manera tan terminante comienzan a fluir situaciones en las que la abstinencia es claramente olvidada por no decir ignorada. ¿Cabría en esta categoría el asunto de fumar durante la sesión, la presencia de pañuelos de papel accesibles desde el diván como parte del “servicio” que el analista brinda o incluso permitir que el paciente tome café o coma algo durante el análisis?

En Europa se dio una amplia discusión cuando se instalaron los seguros médicos que incluían en algunos países casi 300 horas de análisis anuales. El seguro – burocratizado – suponía una serie de informes que el analista tendría que enviar para dar cuenta del avance del tratamiento. El pago era relativamente bueno y duradero por lo cual en un pacto tácito muchas veces ni siquiera aludido, analista y paciente gozaban de los beneficios del mismo. El paciente sabía que cada tanto el analista debería dedicar varias horas adicionales a las de la consulta para completar la información, para poder así continuar con el análisis. Se discutió si este procedimiento en el fondo no enlentecía los análisis.

También en nuestro medio es común que los pacientes soliciten del analista el “llenado” del formulario para que los seguros de salud le devuelva platas que cubrirían en todo o en parte los honorarios del analista, con todos los trámites de inscripciones diversas que han de ser realizadas.

En Chile entregamos una boleta a cambio del pago de los honorarios, porque así lo ha establecido el Estado y, sobretodo, porque ningún analista desea correr el riesgo de que a causa de la transferencia negativa pueda ser denunciado y tenga que vérselas con juicios y multas de la Dirección General Impositiva.

Sabemos que son reglas del Estado, que es parte de la realidad material donde se ha de trabajar, pero la pregunta a hacerse no es si el analista debe o no cumplir estas normativas sino cuál sería la interpretación del paciente así como los efectos de contradicción interna que le queda al analista.

Me consta que algunos analistas indican al paciente, como parte del encuadre, que debe pagar la cantidad mensual justa ya que no le devolverán el excedente, cosa de evitar la satisfacción sustitutiva. En ciertos círculos se evitaba saludar de mano al paciente. Tal vez me equivoque pero ¿qué hay de los pacientes que raudos y veloces, de forma sistemática y repetitiva todas las sesiones solicitan utilizar el baño de la consulta?

Quiero insistir en el esfuerzo realizado por algunos psicoanalistas para cumplir a cabalidad con la regla de abstinencia establecida por Freud.

El paciente se dará cuenta prontamente que la relación analítica no es una relación social y que no puede esperar del analista más que intervenciones verbales; nada de satisfacciones sustitutivas. Es parte de la teoría, es parte del dispositivo, el paciente no tiene porque saberlo, pero lo aprende en los hechos si el analista se sostiene.

Pero qué ocurre cuando la propia institución psicoanalítica exige violaciones a la regla de abstinencia en lo que tiene que ver ni mas ni menos, por ejemplo con la formación de futuros analistas. En aquellas instituciones que cuentan con didactas es una práctica habitual que el comité de enseñanza se reúna con los didactas para discutir sobre la marcha de los candidatos. Aparte del particular placer que podría sentir el candidato al saberse el centro de una reunión de didactas, se viola además la regla del secreto profesional. En muchas instituciones el análisis personal del candidato es un asunto de control, por lo que cierta notificación ha de ser extendida para garantizar que el candidato continúa en análisis según las condiciones estipuladas por



el reglamento institucional<sup>4</sup>, una regulación pensada al margen de la esencia misma del psicoanálisis.

Otro aspecto a considerar en el rubro del sufrimiento ético tiene que ver con contradicciones que se presentan ante la situación del contrato terapéutico. En la época de Freud se trabajaba 6 veces a la semana con un público económicamente solvente. Pero en el Congreso de Budapest Freud plantea el deseo de poner el psicoanálisis al servicio de las grandes masas, lo que años después da origen a la Clínica de Berlín organizada alrededor de una asistencia gratuita.

Hoy en día estamos lejos ya de las posibilidades económicas de los años 20. Podría pensarse que se ha producido una inversión en el sentido de determinar la frecuencia de sesiones a partir de las posibilidades económicas más que por criterios psicopatológicos más estrictos. En rigor es el paciente el que determina la frecuencia más que los criterios teórico-técnicos. Este desliz si bien garantiza que el paciente pueda ser atendido también asegura para el analista contar con el paciente. De esta alianza inconsciente no se puede dar cuenta, no se habla. ¿No supone esta disyuntiva un asunto ético? ¿Y si es así, este efecto no es productor de sufrimiento psíquico en el analista?

La violación a la regla de abstinencia, a la del secreto profesional y a otras reglas que se establecen en el dispositivo de análisis son productoras de sufrimiento, preocupación y malestar en los analistas ya que se sabe que no se está trabajando de acorde a lo prescrito, sino que manipulando el contrato que se estableció con el paciente. Todas estas satisfacciones sustitutivas podrían ser justificadas, racionalizadas con abundantes argumentos. Lamentablemente, sabemos que son solo eso: violaciones a reglas de procedimiento que atentan contra la ética profesional que decimos sostener. En suma, estas violaciones son productoras de sufrimiento.

## **2. El asunto de la tarea primaria de la institución.**

---

<sup>4</sup> El "requisito" del análisis personal o didáctico pudiera ser pensado de otro modo: El análisis del candidato ¿es un asunto de control o de testimonio? De hecho, psicoanalistas lacanianos se niegan a emitir la mentada constancia.

Ha sido René Kaës quien ha puesto el énfasis en la relación entre el objetivo y la misión de la institución y su realidad cotidiana.

Para Kaës (1989,1998) los indicadores del sufrimiento psíquico institucional pueden ser deducidos de dos fuentes: la escucha del discurso emanado de los miembros de la institución o también a partir de ciertas conductas institucionales sintomáticas. El investigador sostiene que en la institución, el activismo, la investidura de labores secundarias o la burocracia son recursos que no solamente dan fe de la ausencia del espacio para pensar sino que además aportan a sostener el pensamiento apartado de toda su actividad. En rigor, sostiene el autor, se podría deducir que estos síntomas anuncian el debilitamiento o la eliminación de dispositivos de contención de las ansiedades primitivas, en el sentido de las tesis sostenidas por E. Jacques (1979).

Así destaca (Kaës 1998, pag. 36)“...con la regresión paranoide, el ataque envidioso contra los vínculos y las identificaciones con los objetos atacados o atacantes constituyen las manifestaciones más comunes del sufrimiento patológico agudo en las instituciones”.

Kaës sostiene así tres causas del sufrimiento en las instituciones: la primera causa es inherente al propio hecho institucional; la segunda a cierta institución en particular, su estructura social y su estructura inconsciente propia. Y la tercera dice a la configuración psíquica del sujeto singular.

Señala (resumo su postura) que lo anterior supone una pregunta por quién es el sujeto del sufrimiento institucional lo que lo lleva a determinar: “...la institución, objeto psíquico común, no sufre. (...) ...sufrimos de nuestra relación con la institución, dentro de esta relación. ...sufrimos del hecho institucional mismo en razón de los contratos, pactos y acuerdos, inconscientes o no, que nos vinculan recíprocamente en una relación asimétrica, desigual, donde se ejerce necesariamente violencia, donde se experimenta necesariamente la distancia entre por un lado las exigencias restrictivas y los sacrificios o abandono de los intereses del Yo, y por otro los beneficios esperados. Aclaro que sufrimos también de no comprender la causa, el objeto, el sentido y el sujeto mismo del sufrimiento que experimentamos en la institución”(pag. 37).

Muestra que también hay otra fuente de sufrimiento que va asociada a los trastornos en la constitución de la ilusión fundadora y a los defectos de la desilusión.

Todos estos aspectos aparecen condensados en lo que Kaës ha llamado “los obstáculos para la realización de la tarea primaria”. La tarea primaria es un concepto central en la conceptualización del autor ya que hace a la razón de ser de la institución, a su proyecto, a su misión, al motor de su existencia y define la naturaleza del vínculo que se establece con todos aquellos que trabajan en su interior y con aquellos que pertenecen a otras instituciones en el exterior. Si la tarea primaria de algún modo no se cumple, no se realiza total o parcialmente, la institución no permanece. Pero este asunto es complejo ya que la tarea primaria supone otras tareas no primarias. Dicho de otro modo, los integrantes de la institución no realizan únicamente la tarea primaria sino que se abocan a tareas colaterales a otras cuestiones que no están en el centro de la tarea primaria ni siquiera en la periferia de ésta, y esto es lo que resulta en la producción de sufrimiento. De manera simplista podría pensarse que el grado de sufrimiento institucional tiene que ver con el nivel de saturación que la institución realiza de su tarea primaria.

Un efecto colateral del tratamiento que la institución da a su tarea primaria tiene que ver con la “instauración y mantenimiento del espacio psíquico dentro de la institución”. Cuando lo instituido domina a lo instituyente, que es cuando en lo concreto el aumento de la burocracia se realiza a expensas del proceso, resulta una inhibición de la capacidad asociativa, de las posibilidades de pensar, de la creatividad, lo cual implica una sensible contracción del espacio psíquico cuyo efecto inmediato se verifica en las sensaciones de malestar y sufrimiento.

De lo que se trata es de comprender que el cumplimiento de la misión institucional se ve de una u otra manera dejado de lado ante la irrupción de “urgencias” institucionales que van abarcando el mayor tiempo de su quehacer. Así, se producen distorsiones en el funcionamiento institucional en el sentido de privilegiar lo actual por sobre el futuro. De este modo, los participantes de la institución comienzan a sentir que el cumplimiento de sus objetivos es cada vez más lejano.

Piénsese por ejemplo en como la burocracia comienza a crecer desmesuradamente en el espacio institucional y como la formalización de los procesos, en muchos casos no garantiza que se llegue a buen puerto, sino que por el contrario la protocolización se instala como una forma de control más que como un camino para alcanzar el objetivo.

Es cierto que la institución no puede escapar a su encargo de tener que reproducir el Estado, aunque no se de muy bien cuenta de ello, ni de cómo se produce. Se suceden así reuniones en las que lo que se resuelve difícilmente puede ser aplicado como el acuerdo de los miembros. Se opone de este modo la misión que la institución dice sostener con otra misión tácita que le encarga el Estado, que la convierte en un ente controlador más de lo socio-político, encargo que al no poder ser hablado no hay posibilidad de tomarlo en cuenta para intentar desmarcarse de tal compromiso.

Lo que Kaës señala es que para que alguien pueda trabajar en una institución ha de darse una cierta coincidencia entre el proyecto institucional y el proyecto personal. Proyecto personal que pasa sistemáticamente por la construcción de la identidad personal a través de la relación de producción (trabajo) en la que el encuentro con el mundo es central como desafío de modificación. Por ello, la institución en su objetivo de realización y en su misión social ofrece al trabajador una forma de auto-producirse en la medida en que labora produciendo y cumpliendo con la misión institucional.

Pero ocurre que por la pérdida del norte, de la tarea primaria institucional, la institución desarrolla otras tareas que postergan la tarea primaria y hacen que los miembros participantes comiencen a preguntarse ¿Qué estoy haciendo acá? ¿Para que me sirve seguir acá? Pregunta que se repite con el tiempo y culmina o en una renuncia o en abandono del espacio institucional, ya que resulta frustrante el no poder construir diariamente la identidad personal o también en una inhibición sistemática de todo pensamiento en el espacio institucional. El sufrimiento puede ser tolerado cierto tiempo, luego y siempre que la persona pueda, va a ser contrarrestado por la asunción de otra actividad que sea menos frustrante.

Se podría pensar en una larga lista de prácticas de instituciones psicoanalíticas que mostrarían el distanciamiento de la tarea

primaria. Vale decir, la misión de investigación sobre el inconsciente - su tarea primaria - ha quedado a un lado frente a las “urgencias” de la burocracia.

Otro aspecto podría ser el afán de normarlo todo, imaginario que supone la necesidad de control de cierto imaginario del caos.

Tómese en cuenta que la pasión que supone la misión es alentadora de la realización de proyectos que concitan entusiasmo, disposición y compromiso de manera espontánea, vale decir la fuerza instituyente. Esto supone la conformación de un cierto equipo que se dedica a llevar adelante el objetivo, en un orden natural que proviene de la propia autorregulación del equipo. Querer regular el empuje instituyente es sencillamente matarlo. Como muestra Mühlmann(1968), mientras hay proyecto, pasión, no hay necesidad de institucionalizar nada. La institución nace cuando la pasión, la profesía decae, al punto de sostener que la institución supone ya la ausencia de pasión. La Institución está en lugar de una ausencia.

Se pretende mostrar que la normativización de las tareas, la protocolización de los procedimientos no van en la línea de la misión sino que se apartan de la realización de la tarea primaria, lo que es productor de sufrimiento en todos los participantes. La creación de una nueva normativa es incrementar el sufrimiento ya que limita de manera drástica la dirección de la realización del proyecto institucional.

Agréguese a lo anterior que el acto de normar supone para la institución eliminar las diferencias individuales ya que realiza una unificación abstracta de personas que son radicalmente diferentes. Da la casualidad de que el psicoanálisis se encarga de trabajar las diferencias – Freud enfatizó este aspecto - y de reconocerlas por lo que una institución que norma tiende a eliminarlas constituyendo un ataque narcisista. ¿No es esta una contradicción? Al suprimir diferencias se tiende a cosificar, pasamos a ser un número, un otro igual al vecino. Esto hiera el amor propio y es productor por tanto de sufrimiento.

En suma, el acto de normar produce sufrimiento en dos sentidos. Por un lado, somete, vale decir introduce violencia en las relaciones entre personas. Por otro, al uniformar cosifica generando un vínculo deshumanizante y por tanto productor de sufrimiento. Y todo ello en

una acción que nos distancia cada vez más de la tarea primaria, que en el decir de Kaës es productor de nuevo sufrimiento.

### **3. La delegación de poder en el espacio institucional.**

Un aspecto poco estudiado en las instituciones tiene que ver con la subjetividad que se produce ante ciertos actos eleccionarios que suponen delegar o transferir el poder que le es inherente a cada uno de los miembros como persona autónoma y condensarlo en ciertas figuras que, a raíz de lo precedente, adquieren el estatuto de “autoridades”. Este movimiento institucional reproduce explícita y tácitamente la forma Estado, ya que a la institución le ha sido autorizado un espacio para desarrollar sus actividades siempre y cuando sostenga el modelo de este. Han sido varios los autores que han abordado el asunto, Lourau (1983) desde la propuesta del principio de equivalencia ampliado, y también Poulantzas(1972), Osorio (2014) , etc.

Mas allá de que todas las instituciones de un Estado se construyan sobre el mismo modelo, lo que interesa aquí abrir a la reflexión tiene que ver con lo que se juega – obligados por el modelo – al tener que delegar el poder en futuras autoridades.

Para comenzar hay que señalar que el acto de transferencia de poder destruye la igualdad del grupo de base a tal punto de que de ahora en más tendremos aquellos que son autoridad y por tanto tienen poder de hacer (poder tomar decisiones) y aquellos que por haberlo delegado sienten que no lo tienen. El acto de delegación de poder instituye la desigualdad en el grupo. El acto de votación instituye una segunda desigualdad: la de los vencedores y vencidos.

La delegación de poder tiene a su vez un correlato: la producción de sentimientos de impotencia y de soledad siendo esto generador de sufrimiento ya que el querer hacer, constituirse en un lugar instituyente, ha de resultar inhibido por cuanto ya no corresponde: se han elegido autoridades que son las que deben hacer. Permanecer en ese lugar sin poder, es incómodo y molesto y hasta humillante, ya que va asociado con el lugar de sometimiento. Es un lugar infantilizado y regresivo. Se pasa de ser participante activo a un lugar en la periferia, pasivo, y ahora en todo caso, toda iniciativa personal - si la

hay- ha de ser consultada con la autoridad nombrada. Valga la paradoja: delegamos nuestro poder para que éste, ahora concentrado, nos someta y controle.

Por otro lado, el lugar de la autoridad condensa varios sentimientos: por un lado, la gratificación narcisística de haber sido elegido y por tanto contar con poder adicional; por otro, la responsabilidad que debe ser asumida: hacer todo, para eso fueron elegidas las autoridades, y en función de sus acciones se medirá su compromiso. Por tanto, también es un lugar de sufrimiento. Es el lugar político que, como decía Freud, configura una tarea imposible.

Compréndase que estas contradicciones parten por abrazar la idea, el presupuesto de que el poder **debe** ser delegado, como si la estructura de la institución vertical fuese la única posible, fuese lo natural. Nada más alejado de los hechos y como prueba de ello véase los estudios de Clastres (1974) que dan cuenta de la manera en que diversos pueblos se cuidan de caer en estructuras verticales garantizando, por un lado la no delegación de poder, y por otro, limitando considerablemente los efectos sociales de los beneficios de la acumulación de poder.

Además, vale la pena discutir el asunto de la asamblea ya que cierta argumentación podría sostener que la asamblea es garantía de que el poder en forma alguna se maneja de manera autoritaria, y que también, a su vez esta sirve para asegurar la democracia interna en la institución. Varias cuestiones pueden ser señaladas:

Primero, en muchas instituciones el recurso de la asamblea periódica tan solo sirve de blanqueo para las decisiones que adopta la autoridad o los proyectos que ésta elabora y fundamentadamente propone. La asamblea entonces funciona como ritual y no como un verdadero lugar donde la igualdad se impone. Piénsese que la información que maneja la autoridad es mucho más amplia que la que puede estar a disposición de cualquier integrante ya que éste no se dedica – como lo hace la autoridad – a las cuestiones de administración y gobierno. La idea de la transparencia informativa disponible para todos por igual es en el fondo una utopía.

Ya se señaló las diferencias en la subjetividad del integrante que delegó el poder y la autoridad que recibió la encomienda de la delegación de poder. La conclusión es de que solamente la asamblea

puede tener sentido siempre y cuando todos los participantes estén en posición activa, vale decir en las circunstancias en las cuales no se haya delegado poder alguno. Pero esto supone haber acordado una estructura institucional diferente a la dominante; creo que aún, en las sociedades analíticas (y a pesar de Freud) estamos muy lejos de ello.

#### **4. El asunto del reconocimiento**

Uno de los factores decisivos en la producción de salud mental en todo tipo de trabajo tiene que ver con la función que el reconocimiento cumple en el psiquismo. Dejours (2013) es muy preciso en mostrar de qué manera, en tanto el trabajo es siempre social y se realiza con otros y para otros, el reconocimiento por la labor realizada resulta fundamental en la producción de identidad, tanto como otorga un lugar de pertenencia en el grupo de referencia.

Dejours habla de dos tipos distintos de reconocimiento: lo que llama el reconocimiento de oficio y el reconocimiento de belleza.

El primero dice del aporte que el trabajador realiza en una organización que lo ha contratado, lo ha incorporado. Es el sentido de utilidad ya que si le pagan por ello es porque de algo ha de servir lo que el trabajador realiza, a alguien ha de serle útil lo que el empleado produce. Es el reconocimiento que se realiza por diversos medios, en el marco de la jerarquía institucional: por medio del salario que percibe, a través de los premios o incluso en el mejor caso explícitamente por mención o indicación de la jefatura inmediata. El reconocimiento es un apuntalamiento narcisístico, libera tensiones, disminuye ansiedades y crea confianza en la organización y en sí mismo.

Pero este reconocimiento es una valoración interesada ya que el trabajador sospecha que en el fondo se busca que se comprometa más con su trabajo y mejore sus niveles de productividad. Es un reconocimiento dudoso en su verdad por cuanto el capitalismo persigue la mayor explotación posible del trabajador. El reconocimiento entonces está atravesado por el interés económico.

El reconocimiento de belleza es aquel que emana del propio equipo de trabajo, es el reconocimiento de los pares quienes al conocer en profundidad el tipo de trabajo que el operario realiza son los únicos



que están en condiciones de realizar una rigurosa valoración de lo logrado. Dejours lo llama “de belleza” ya que se expresa en un juicio del tipo de “un bonito trabajo” o “un trabajo muy bien realizado”.

Este es un reconocimiento que no está atravesado por el factor económico ya se plantea solamente en el registro de los pares, de los iguales, incluso entre aquellos que realizan el mismo tipo de trabajo y por tanto están interiorizados de las dificultades que el trabajo supone y que el operario reconocido ha podido sortear de manera eficiente.

Es un reconocimiento que ha superado la competencia entre pares así como la envidia que la misma supone. Es el reconocimiento que al situarse sobre la realidad muestra admiración.

Las instituciones psicoanalíticas cuentan con pocas instancias en las que algún tipo de reconocimiento pueda manifestarse en parte por la propia naturaleza de la práctica privada, pero también porque es difícil mostrar admiración y en consecuencia gratitud por las aportaciones de algún colega. El clima de rivalidad y competencia señalado por varios autores (Grinberg 1959, Garma 1959, Tabak 1959<sup>5</sup>, etc.), el funcionamiento en subgrupos, los temores a verse expuesto a su propia neurosis, y la necesidad (o pacto) para evitar que alguien pueda sobresalir y destacarse – fuente de malestar – son todos factores que intervienen y que coadyuvan en reprimir toda manifestación de reconocimiento. Muestra Garma (1959) que “La existencia de dichas discordias entre psicoanalistas causa dolor, lleva a los psicoanalistas hasta a dudar de su eficacia terapéutica y les produce una profunda herida en su narcisismo profesional”.

Entre los candidatos la búsqueda de reconocimiento recae en la figura del supervisor ya que entre pares opera una suerte de reconocimiento negativo “este sabe menos que yo” en lugar de “Fulano ha aprendido mucho, lo hace muy bien.”

Con el analista didáctico la relación no es mejor. Garma (1959) sostiene que la curación es más radical en los análisis comunes que en los análisis didácticos ya que “el tratamiento no es buscado

---

<sup>5</sup> E. Tabak menciona que el grupo analítico es utilizado como pantalla de proyección de diversas fantasías. Expone varias; entre ellas: “Entre los analistas reina promiscuidad, sus relaciones afectivas son poco sólidas, existe mucha agresión entre los diversos subgrupos”.

directamente por el futuro psicoanalista y se realiza en circunstancias desfavorables”. También ocurre lo contrario: Baremlitt (1974) le agradece a Rodrigué haberlo analizado “a pesar de haber sido su didacta”.

Para Garma las dudas acerca de haber sido bien o mal analizado aparecen proyectadas en otros analistas.

Entre los analistas hay una suerte de pacto de silencio que se apoya en la ausencia de espacios de debate de ideas y de discusiones profundas sobre cuestiones doctrinarias y clínicas. Algunos autores muestran que los actos administrativos son leídos con sospecha lo que genera evitar todo tipo de juicio en el mejor de los casos. Las luchas de poder al interior de la institución coartarán toda manifestación de reconocimiento para evitar valorar ante terceros las posiciones contrarias.

## **5. El psicoanálisis como profesión liberal**

La profesión de psicoanalista es considerada la última de las profesiones liberales. El ejercicio de todas las otras profesiones está cada vez más inserto en espacios institucionales, lo que va a determinar las posibilidades de movilidad del profesional. Tal vez el psicoanálisis, por su especificidad no se avenga a estar institucionalizado. En todo caso, no son pocas las restricciones que la práctica analítica tiene en consultorios de salud mental, en hospitales y en espacios comunitarios ya que tanto en organizaciones privadas como públicas la práctica del psicoanálisis se la pretende encasillar en modelos formales que trastocan irremediablemente su ejercicio. Ya se mencionaron las discusiones en torno a su inclusión en los seguros de salud en Europa, hay una amplia gama de requerimientos formales, de control, que pervierten su ejercicio y sus alcances.

Claro está que la institucionalización en entidades públicas o privadas tiene sus ventajas, aquellas propias de cierta seguridad laboral que provee la situación contractual, obteniendo por esta vía las garantías y derechos laborales de otros especialistas. Habría que estudiar si dicha seguridad no va en detrimento del análisis mismo.

De lo que aquí se trata es de analizar los aspectos de su práctica que producen malestar y sufrimiento y que hacen a su ejercicio como

profesional liberal, en el entendido de que la profesión liberal está también normada aunque de otra manera que aquella de las instituciones del Estado y del sistema.

En este sentido el contrato analítico mismo es una fuente de preocupación y sufrimiento. El analista trabaja con un contrato que puede ser interrumpido en cualquier momento sin consecuencias económicas para el paciente. La ausencia de pago para el mes de vacaciones ha generado no pocas expresiones de preocupación. Hay analistas que han incluido el pago del mes de vacaciones en el contrato, lo cual contradice el principio de que si no trabaja no cobra.

Otro tanto ocurre con el asunto de las enfermedades: El postulado de “sus gripes se las paga Ud., las mías me las pago yo”<sup>6</sup> si bien tiene la ventaja de hacer visible para el paciente la no autorización a la enfermedad como formación sustitutiva, de igual modo deja inerme al analista ante sus propias gripes. El analista no cuenta con seguro de salud.

Solamente un sector relativamente pequeño de analistas de mucho prestigio, didactas en aquellas sociedades que existe esta función, y que se encuentran a su vez provistos con pacientes de clases sociales acomodadas, están seguros de sus ingresos mensuales. La gran cantidad de analistas en proceso de formación, o que comparten trabajo en instituciones de salud o que a su vez no están insertos en circuitos de derivación sistemática de pacientes<sup>7</sup>, mantienen inquietudes permanentes en torno al monto mensual de ingresos.

Un tema de consideración lo constituye la situación de interrupción del tratamiento que puede tener lugar por una infinidad de causas (perdida del trabajo, radicación en el extranjero o viajes largos,

---

<sup>6</sup> Esta fórmula tiene su origen en Santiago Ramírez, fundador de la Asociación Psicoanalítica Mexicana.

<sup>7</sup> Una los mecanismos de la derivación de pacientes tiene que ver con la vinculación a grupos de psiquiatras. En estos casos habría que estudiar cuales son las limitaciones que la psiquiatrización del paciente implica para su análisis más allá de que el paciente ha de quedar circunscrito a un acuerdo tácito entre psiquiatra y analista a los efectos de mantenerse en control psiquiátrico. Complicado resulta analizar en este caso la dependencia farmacológica y psiquiátrica.

situaciones particulares familiares, o incluso transferencia negativa), lo que significa una baja considerable en los ingresos del analista. El analista no cuenta con seguro de paro.

Peor aun es cuando el analista ha de continuar trabajando hasta el fin de sus días o “mientras el cuerpo aguante”, ya que el analista también está expuesto a enfermedades de la vejez que pudieran impedirle continuar ejerciendo. No hay seguro de invalidez ni jubilación.

### **Algunas conclusiones**

Los diferentes ejes desarrollados en este trabajo pretenden dar cuenta de situaciones complejas que afectan a los psicoanalistas en su ejercicio profesional. Todas ellas y seguramente algunas otras no consideradas en este artículo, son productoras de sufrimiento en diversos grados cuya incidencia en su ejercicio profesional ha de ser considerada.

Es sorprendente que la bibliografía existente sobre el tema sea tan exigua lo cual pone de manifiesto por un lado, el desinterés por el tema; por otro, una suerte de pudor por reconocer la existencia permanente de estos tipos de sufrimiento. No nos interesa hipotetizar en este sentido desde la perspectiva individual ya que eso hace a situaciones particulares de cada quien, lo que preocupa es la actitud “gremial” de los psicoanalistas como profesión y sobre todo en tanto institucionalizados en sociedades, asociaciones, círculos, etc., por cuanto se trata de conductas corporativas que quedan en el registro de lo no dicho institucional, probablemente para sostener un determinado lugar de ideal hacia la institución misma y hacia la sociedad en general.

Los psicoanalistas en general y sobre todo las sociedades han realizado en el mejor de los casos una lectura intrapsíquica del problema como si dicha lectura agotara todo lo que hay que decir al respecto, lectura psicoanalítica de si mismos contraviniendo aquello que decía Freud, en el sentido de cuidarse de que el psicoanálisis se convierta en una concepción de mundo. Pues bien, ese es casualmente el problema ya que se ignoran otros desarrollos teóricos que pueden dar cuenta de aquello de lo cual el psicoanálisis no puede

dar cuenta. Pero que el psicoanálisis no pueda dar cuenta no significa que no exista. La herramienta analítica tiene sus límites.

Estos límites tienen que ver con la distancia y diferencia radical entre contratransferencia e implicación. La primera dice de una escena, la segunda de la pertenencia a una institución. Para los psicoanalistas, la implicación y la sobre-implicación no existen ya que no es pensable con las herramientas psicoanalíticas.

Este proceder tiene efectos ya que mantiene la práctica del psicoanálisis en un territorio secreto y privado no por un asunto de ética profesional con respecto al paciente sino como garantía de seguridad para el propio analista, como forma de protección de su saber y sobre todo de su no saber con respecto al paciente y a sí mismo, fuente de montos no despreciables de angustia.

### **Bibliografía:**

Abadie, M. (1959) El grupo psicoanalítico como sociedad secreta. Revista APA, T. XVI, N° 4.

Balint, M. (1948) On the Psycho-analytic Training System. International Journal of Psychoanalysis, Vol. 29 Part III.

Baremblytt, G. y otros(1974) El concepto de realidad en psicoanálisis. Buenos Aires: Ed. Socioanálisis

Bauleo, A. y Pavlovsky. E. (1976) Psicoterapia en situaciones excepcionales, en Bauleo, A. (1977) Contrainstitución y grupos. Madrid: Fundamentos

Bernfeld, S.(1962) On Psychoanalytic Training. Psychoanalytic Quaterly .

Clastres, P. (1974) La Société Contre l'État. París: Les Éditions de Minuit.

Dejours, C. (2016) La sublimación entre el sufrimiento y el placer en el trabajo. Inédito.

Dejours, C. (2013) Trabajo vivo , T II. Buenos Aires: ed. Topia

Foladori, H. (2012) La conducción de los equipos de salud: entre la autoridad y el autoritarismo. Revista Castalia N° 22.

Freud, S. (1918) Nuevos caminos de la terapia psicoanalítica. O.C. T. XVII. Buenos Aires: Amorrortu

Freud, S. (1930) El malestar en la cultura. O.C. T. XXI, Buenos Aires: Amorrortu, 1976.

Garma, A. (1959) Algunos contenidos latentes de las discordias entre psicoanalistas. Revista APA, T. XVI, N° 4.

Grinberg, L (1959) Vicisitudes de las relaciones entre analistas y sus motivaciones. Revista APA, T. XVI, N° 4.

Jacques, E. (1979) Los sistemas sociales como defensa ante las ansiedades persecutoria y depresiva. En Melanie Klein, Obras Completas T. IV. Buenos Aires: Paidós

Kaës, R.(1989) Realidad psíquica y sufrimiento en las instituciones, en La institución y las instituciones. Buenos Aires: Paidós

Kaës, R. (1998) Sufrimiento y psicopatología de los vínculos instituidos, en Kaës y otros, Sufrimiento y psicopatología de los vínculos institucionales. Buenos Aires: Paidós.

Langer, M. (1963) , Dificultades psicológicas del psicoanalista principiante. Revista de APA, Vol. 20.

Langer, M., del Palacio, J. y Guinsberg, E.(1981) Memoria, historia y diálogo psicoanalítico. México, D.F.: Folios Ediciones.

Liberman, D. (1959) Actuación y realización en las relaciones humanas entre analistas. Revista APA, T. XVI, N° 4.

Lourau, R. (1983) El Estado y el inconsciente. Madrid: Kairos.

Lourau, R. (1971) El psicoanálisis en la división del trabajo, en La institución del análisis. Cuaderno 26. Barcelona: Anagrama

Mühlmann, W. (1968) Messianismes Révolutionnaires du Tiers Monde. París: E. Gallimard.

Nacht, S., Lebovici, S., y Diatkine, R. (1961) Training for Psychoanalysis. International Journal of Psychoanalysis Vol. 42.

Osorio, J. (2014) El Estado en el centro de la mundialización. Ciudad de México: FCE.

Poulantzas, N. (1972) Poder político y clases sociales en el estado capitalista. México, D.F.: S. XXI

Rodrigué, E. (1977) El paciente de las 50.000 horas. Madrid: Fundamentos.

Tabak, Elizabeth (1959) Fantasia y realidad en las relaciones entre analistas, Revista APA, T. 16, N°1.

Thompson, C. (1959) Un estudio del clima emocional de los institutos psicoanalíticos. Revista de APA, T. 16 N° 1

---